

al ritmo de los BEATLES



Ha pasado medio siglo y Chanel sigue en la brecha. Las mujeres del mundo entero se visten —a sabiendas o no— según sus dictados. Y su rostro aún no está cansado.

CHANEL

dente de automóvil. Sale con el gran duque Dimitri de Rusia, con el duque de Westminster. Pero lo que cuenta en primer lugar es ella casa Chanel. Dos veces al año, en enero y junio, desaparece de la circulación durante varias semanas para preparar su colección. Contrariamente a lo que hacen los demás modistas, ella lo hace todo por sí misma. Del amanecer a la noche, sin ayuda de modelistas, sin demostrar el menor cansancio, corta, pone alfileres, prueba... La casa de la calle Cambon ocupa pronto cinco edificios y emplea a dos mil quinientas obreras. Chanel crea su propia casa de perfumes y lanza el famosísimo «N.° 5». Chanel vive sin rivales serios. Sólo Schiaparelli, llegada de Italia llena de empuje, logra hacerle sombra. Pero su reinado no se resiente. Por oposición a Chanel, Schiaparelli cae en lo extravagante, en lo barroco. Y Chanel responde con azul marino, con beige, y lanza el smoking de noche, en satén negro y blusa blanca. Desde 1930 a 1939 la lucha sin cuartel continúa. Chanel es llamada la Reina sin Rey, hasta que el dibujante Paul Iribe aparece en su vida. Se habla incluso de que piensa en el matrimonio, ella que se había negado a casarse con el duque de Westminster aduciendo que «duquesas de Westminster ha habido muchas, y Coco Chanel sólo una». Pero Iribe muere, lo mismo que Arthur Capel, accidentalmente, y Chanel vuelve al trabajo. Hasta que, fatigada, y en vísperas de la segunda guerra, cierra un buen día sus puertas y desaparece...

Quince años dura su retiro. Se habla de ella como de algo perteneciente al pasado. La Alta Costura cuenta con nuevos y brillantes nombres. Y de pronto,

en 1954, la bomba: Chanel vuelve. La gente no lo toma demasiado en serio. Pero cuando presenta su colección se rinde a la evidencia. Chanel ha vuelto con el mismo ímpetu de siempre, con su mismo estilo. De nuevo da un barrido a lo que se venía haciendo. Arranca los armazones de los modelos, libera cinturas y busto, simplifica, opta por la libertad de movimientos. Vuelve con sus muselinas y sus «tweed», sus bordillos, sus forros a juego con la blusa, sus cadenas, sus joyas de bisutería. La prensa la ataca. Pero ella se ríe de todo: «Lo mismo da. Las mujeres me comprenderán.» Y, en efecto, las clientes vuelven a venir, los compradores de América se arrancan sus modelos. Las casas de «prêt-à-porter» la copian. «Copien, copien, una moda está hecha para ser copiada...» Luego, ya, todo el mundo conoce la que sigue. Chanel, que en 1956 recibe una consagración oficial de América, sigue en su puesto. Sus modelos pueden identificarse rápidamente entre millares de los de otros modistas. Sus clientes son famosas en el mundo entero. El privilegio de sentarse en la famosa escalera desde la que, en una teoría de espejos, Chanel observa los desfiles de «su casa» es disputado por las mujeres más elegantes del mundo. Coco, otra vez a sus muchos años, es de nuevo la reina de la alta costura. Lo mismo que hace treinta, cuarenta, casi cincuenta años, con la misma exigencia y la misma dedicación, con el mismo espíritu tiránico y la misma vivacidad. Y cuando al llegar el otoño empiezan a aparecer las muchachas prácticamente uniformadas en trajes de chaqueta que, más o menos de cerca, vienen todos de Chanel, ella, desde su escalera, debe sonreír satisfecha.

(Fotos CHRIS KINDAHL-DALMAS
Color: NEIDER, BENEDIKTER-
INTERSTAMPA)

POSIBLEMENTE lo que encuentre el lector a continuación no sea una crítica, en rigor, de «¿Qué noche la de aquel día?», la primera película protagonizada por los «Beatles». Hasta cierto punto, es difícil considerar este film haciendo abstracción de una serie de circunstancias condicionantes. Si toda película —como toda obra artística— responde siempre a determinadas incitaciones de la realidad, a perceptibles presiones de orden social e histórico, presiones que luego encontrarán su reflejo expresivo y testimonial en esa obra, en el caso del film de los «Beatles» tal observación alcanza una importancia máxima. A lo largo de toda la película se está contando con la complicidad del público, porque si la película ha llegado a hacerse, tal y como ha sido hecha, es porque existía un público receptor dispuesto a entrar en el juego y aceptar la «clave» que se le propone. Esta es la primera consideración que hemos de hacer al afrontar «¿Qué noche la de aquel día?», puesto que llega un momento en que no sabemos si estamos presenciando un documental sobre los «Beatles», una película de ficción sobre los famosos muchachos de Liverpool, un estudio acerca del mito de los «escarabajos» o una simple película musical protagonizada por un conjunto famoso. Es muy probable que la película en cuestión sea todo esto. Quizá hubiera sido importante realizar un estudio en profundidad del «mito Beatles»: es evidente que estos muchachos son un signo más de nuestra época; han triunfado porque responden a una necesidad, a una aspiración colectiva que ellos han sido capaces de satisfacer. El film podría haber investigado esa significación mítica, analizado las causas de una tal repercusión que, en la mayoría de las ocasiones, se ha resuelto en oleadas de histórica admiración. Sin embargo, «¿Qué noche la de aquel día?» no alcanza nunca este valor de análisis, al menos en un sentido riguroso, limitándose a la descripción periférica —sumamente expresiva, eso sí— de la alienación colectiva que cualquier actuación de los «Beatles» produce, pero sin buscar las causas, sin encontrar las razones.

Lo que convierte a este film en un agradable espectáculo, fuertemente sugestivo incluso, es la participación espontánea y desenfadada de John Lennon, Paul McCartney, George Harrison y Ringo Starr: los «Beatles». Ellos comunican al film una notable frescura y espontaneidad. Naturalmente, la responsabilidad de este «tono» vivo, nervioso, ligero y grandemente atrevido, se debe al realizador Richard Lester, que ha encontrado una colaboración estupenda en el operador Gilbert Taylor. Dentro de la mediocre producción inglesa —¡ese tan cacareado «correcto nivel» que no es otra cosa que trivial banalidad!—, «¿Qué noche la de aquel día?» es un film sorprendente, no sólo porque el comportamiento de estos muchachos —y sus perturbadoras consecuencias— rompa con una larga tradición de un cine conservador, apegado al tópico victoriano, sino porque la puesta en escena de Richard Lester —realizador procedente de la televisión— es una de las más modernas y audaces que pueden encontrarse en el académico cine británico. Quizá ese afán de romper moldes y de buscar en cada secuencia, casi en cada plano, una forma de resolución original y «distinta» le lleve a Lester a caer en un cierto amaneramiento y producir cierta fatiga en el espectador. Pero, en cualquier caso, es elogiable su pretensión de hallar una equivalencia cinematográfica al «estilo Beatles». Así, las conocidas canciones del conjunto se integran en la narración con pausable espontaneidad sin romper en ningún momento la línea argumental que, por otra parte, es deliberadamente anárquica y desordenada. Para la construcción de este film se han utilizado fragmentos de reportajes de las actuaciones de los «Beatles», pero, generalmente, el estilo empleado para la mayor parte de las escenas construidas expresamente se adapta a esa técnica. Recuérdese el momento de la rueda de prensa —una de las mejores secuencias de la película—, que tiene ese aspecto aparentemente descuidado de los noticieros, que es el mejor vehículo expresivo para narrar las relampagueantes contestaciones de los «Beatles» a los informadores de prensa. Se advierte más el artificio de la puesta en escena cuando el realizador persigue una correspondencia visual con el ritmo musical: así, el momento en que, al compás de una canción, los muchachos rebotan, saltan y juegan en un parque, siguiéndoles la cámara de un helicóptero. En cualquier caso, con sus excesos de originalidad y sus ingenuidades, a fuerza de querer ser brillante, Richard Lester ha realizado un film estimable al servicio de uno de los conjuntos más populares de la actualidad.

No puede por menos de recordarse la actuación, como actores, de los «Beatles»: su naturalidad ante las cámaras, su absoluta desenvoltura es muy convincente; un diálogo chispeante, abundante en «private jokes» —bromas privadas, chistes de «capilla»— contribuye a crear esa clave de complicidad frente al público. Por último, para el aficionado a la música ligera, el film ofrece una selección del repertorio de los «Beatles», culminando con una estupenda versión del popularísimo «She Loves You», que coincide con la explosión de histerismo de los «teen-agers», magníficamente captada por la cámara.

JESUS GARCIA DE DUENAS